

# Vilchez y la «memoria histórica»



AL GRANO

ANTONIO ALEMANY  
DEZCALLAR

YO NO SÉ SI EL PADRE o el abuelo de Vilchez fueron torturadores en chekas, violadores de monjas, asesinos de comunistas heterodoxos o matones en Menorca durante la Guerra Civil. No lo sé, supongo que no, ni me importa, entre otras razones porque no pretendería «ajustar cuentas» por hechos ocurridos hace más de 70 años y porque, además, creo que no hay que hacerle el juego a algunos miserables que prostituyen lo que sería una legítima «memoria histórica» -y, muy especialmente, la recuperación de cadáveres de represaliados- trans-

«La División Azul fue un instrumento de la política exterior de la España de Franco de la forma que la...

...presencia española en el Golfo o en Afganistán es un proyecto de la política de la España de González o ZP»

formada en un ejercicio de rencor cainita.

Vilchez sostiene en artículo de *Diario de Mallorca* -¡quién me lo iba a decir!- que hay que retirar el nombre de la calle dedicada a mi padre por las siguientes razones: por haber sido miembro de la División Azul, por actuar a las órdenes de la Wehrmacht con juramento expreso (!) de fidelidad a Hitler y porque en el sitio de Leningrado -hoy San Petersburgo, dice, seguramente con pesar, Vilchez- murieron un millón de personas, entre ellas mi padre.

Bien, le voy a reiterar a Vilchez una serie de precisiones efectuadas en anteriores ocasiones antes de entrar en lo que, a mi juicio, importa de este debate: en manos de quiénes está la «memoria histórica». Mi padre

-comandante de Artillería y de Estado Mayor- murió a los 34 años en Rusia cuando le faltaba una semana para venir definitivamente a España. Dejó mujer y cuatro hijos entre nueve y dos años. He relatado ya como fue su incorporación a la División Azul: telefonazo de Muñoz Grandes a mi padre pidiéndole que se incorporara al Estado Mayor de la División, advertencia de que era voluntaria dicha incorporación, que podía negarse y respuesta típica de cualquier militar -de los de antes, al menos-: «A sus órdenes, mi general». Esta es la historia: que mantengan o retiren el nombre de la calle no va a alterarla ni va a compensar la ausencia del padre y del marido.

Y, empecemos con un Vilchez que no sabe, y debería saber, que las fuerzas armadas de cualquier nación y en cualquier tiempo son, en los conflictos exteriores en los que participan, meros agentes de la política exterior de su país. La División Azul fue un instrumento de la política exterior de la España de Franco de la misma forma que la presencia española en la Guerra del Golfo o en la guerra de Afganistán es una proyección de la política exterior de la España de Felipe González o de Zapatero. La miseria moral de Vilchez consiste en atribuir «directamente» a mi padre la responsabilidad por la muerte de los miles de rusos en una resistencia realmente heroica. Aplicando semejante estupidez a todas las acciones militares, resultaría que los militares españoles son culpables de las masacres perpetradas en la Guerra del Golfo o del goteo abundante de víctimas en Afganistán, encima al servicio, que diría Vilchez y no dice, del infecto imperialismo americano. ¿Bajo las órdenes de la Wehrmacht la División Azul? Supongo que a Vilchez le hubiera gustado que estuvieran a las órdenes del ejército soviético para extender así el telón de acero de sangre, sudor y lágrimas, pero las guerras las suelen dirigir los países beligerantes y España no era beligerante en la II Guerra Mundial. Los alemanes o italianos que participaron en la Guerra Civil estaban a las órdenes de Franco, no de Hitler o Mussolini. No diga más bobadas Vilchez.

Pasemos a lo que, a mi al menos, me importa. Ya he dicho antes que a mí me trae sin cuidado lo que hayan sido o hecho los antepasados de Vilchez: si me interesa y

preocupa, en cambio, lo que ha sido y hecho Vilchez o, lo que es peor, lo que sigue siendo. Y me preocupa porque este sujeto se ha erigido en administrador de la memoria histórica y, a su través, en dispensador de bulas de decencia democrática, de buenos y malos, de dignos de pertenecer a la historia y de indignos que deben ser expulsados de la Historia.

¿Y quién es Vilchez para ejercer de pontífice inquisidor? Yo se lo contaré a los lectores. Vilchez es un fundador del Partido Comunista de aquí, ignoto durante el franquismo -es decir, agazapado cobardemente- que comenzó a circular en los primeros tiempos de la Transición. Ha habido muchos comunistas «de ocasión» durante el franquismo porque, vía Comisiones Obreras, el PC era el único partido realmente opositor y *ma non troppo*, no mitifiquemos y no me cuenten historias que me conozco mejor que ellos. Sin embargo, entrados en la normalidad democrática, los marxistas «de ocasión» asumieron sus convicciones ideológicas y engrosaron las filas de los distintos partidos existentes en España.

Vilchez, no. Vilchez no tuvo conversión paulina, ni siquiera berlingueriana. Vilchez no abjuró de un sistema de ideas que ha batido todos los récords de crueldad, vesania, asesinatos y torturas en masa. Vilchez no ha entonado mea culpas de pesar por los crímenes de Andreu Nin y los del POUM catalán. Vilchez no se ha desmarcado de los fusilamientos de niños, adolescentes y adultos perpetrados por su jefe político, Santiago Carrillo. Vilchez, aquí, no ha mostrado contrición por los asesinatos y torturas practicados por sus conmlitones en Menorca.

¿De qué está hablando Vilchez? ¿Qué autoridad moral, histórica, política e ideológica le asiste para pontificar sobre los buenos y los malos? ¿Por qué no tiene la decencia -no diré moral porque estos sujetos carecen de moralidad- política de callarse para evitar que le recuerden lo que ha sido y es: un totalitario heredero del más siniestro régimen y partido que ha conocido la Humanidad. No es mi padre el que debe desaparecer del nomenclátor callejero -no se metió en política y se limitó a cumplir con su deber y a morir-, sino Vilchez de una democracia que no se merece.